

precioso. Si los árabes hubieran podido sospechar que íbamos a buscar oro, nuestra vida hubiera corrido peligro.

Por días se iba hablando mas de que se acercaban los beduinos, cosa de que ese alegraba Jeque Ibrahim, cual si hubiera esperado á unos compatriotas; así tuvo la mayor satisfaccion cuando le anuncié la llegada de Mahanna el Fadel gran príncipe beduino. Al instante quiso salir á recibirle, pero le hice presente que seria mas acertado aguardar una ocasion favorable de ver á alguno de la familia del emir (príncipe). Yo sabia que generalmente Mehanna enviaba un mensajero al jeque de Palmira para anunciarle su llegada, y en efecto ví llegar un dia once ginetes beduinos, y supe que entre ellos se hallaba el emir Nasser, el hijo mayor de Mahanna, noticia que llenó de gozo á jeque Ibrahim. Al instante fuimos á casa de jeque Ragial para hacernos presentar al emir Nasar, que nos recibió muy bien.

—“Estos extranjeros, le dijo Ragial, son unos honrados comerciantes que traen de venta varios géneros para uso de los beduinos; pero los han atemorizado de suerte que no se atreven á ir al desierto á menos de que los tomeis bajo vuestra droteccion.

El emir Nasser volviéndose hácia nosotros:

“Esperad, nos dijo, toda especie de prosperida-

“des; sereis muy bien venidos, y os prometo que nada os sobrevendrá mas que la lluvia que cae del cielo.”

Dímosle muchas gracias, diciéndole:

—“Pues hemos tenido la dicha de hacer conocimiento con vos, y pues teneis la bondad de ser nuestro protector, es preciso que nos hagais el honor de comer con nosotros.”

Los árabes en general, y particularmente los beduinos, miran como un empeño de fidelidad inviolable haber comido con alguno, y aun solo el haber partido el pan como él. Convidámosle, pues, con toda su comitiva, igualmente que al jeque; hicimos matar un carnero, y nuestra comida, preparada al modo de los beduinos, les pareció excelente; á los postres, les presentamos higos, pasas, almendras y nueces, lo que fué para ellos un gran regalo. Despues del café, cuando empezamos a hablar de cosas indiferentes, contamos a Nasser nuestra aventura con los seis ginetes de su tribu; queria castigarlos y hacernos restituir nuestros efectos y nuestro dinero; pero le rogamos que no lo hiciese, asegurándole que teniamos por muy bien empleado lo que habiamos dado. Hubiéramos querido salir con él el dia siguiente; pero nos instó a aguardar la llegada de su padre, que todavia estaba con su tribu á ocho dias de distancia: prometió enviarnos una escolta y camellos para llevar nuestras mercancías; para mayor seguridad le rogamos que

nos hiciese escribir por su padre, y así nos lo prometió.

Dos dias despues llegó á Palmira un beduino de la tribu el Hassné, llamado Bani, y pocas horas despues otros siete beduinos de la tribu el Daffir, que está en guerra con la de Hassné. Noticiosos estos de que se hallaba en la ciudad uno de sus enemigos, resolvieron ir a esperarle fuera de Palmira para matarle. Prevenido Bani, vino a nuestra casa, ató su yegua a nuestra puerta y nos pidió que le prestásemos un fieltro de los varios que teníamos para envolver nuestras mercancías. Dile uno que tuvo metido en agua media hora, y luego le puso mojado sobre los lomos de su yegua, echándole la silla por encima; dos horas despues tuvo el animal una furiosa diarrea que duró toda la noche, y al dia siguiente parecia que no tenia nada en el cuerpo: entonces Bani le quitó el fieltro, que nos devolvió, cinchó muy bien a su yegua y partió.

A cosa de las cuatro de la tarde, vimos volver sin botín á los beduinos de la tribu el Daffir, y habiéndoles preguntado uno qué habian hecho de la yegua de Bani:

—“Voy a contaros, dijeron, lo que nos ha sucedido. Por no hacer agravio a Ragial, tributario de Mehana, nos abstuimos de atacar a nuestro enemigo en el pueblo; hubiéramos podido aguardarle en un paso estrecho, pero éramos sie-

“te contra uno y resolvimos quedarnos en campo raso. Apenas le divisamos, nos precipitamos sobre él; pero apenas se halló en medio de nosotros, lanzó un grito diciendo á su yegua:  
—*Jah Hamra!*  
“Hoy te toca á tí,—y partió como un rayo. Hasta su tribu le perseguimos sin poder alcanzarle, asombrados de la velocidad de su yegua que parecia un pájaro cortando los vientos.”

Entonces les conté la historia del fieltro, que les admiró mucho, pues no tenian, a lo que dijeron, ninguna idea de semejante brujería.

Ocho dias despues tres hombres vinieron á buscar nos parte de Mehanna el Fadel, trayéndonos camellos y una carta de él, concebida en estos términos:

¡Mehanna el Fadel, hijo de Melkhgem, á Jeque Ibrahim y á Abdalla el Kratib, salud! ¡La misericordia de Dios sea con vosotros! A la llegada de nuestro hijo Nasser, hemos tenido noticia del deseo en que estais de visitarnos; sed muy bien venidos; vuestra llegada derramará la bendicion sobre nosotros. Nada temais, pues teneis la proteccion de Dios y la palabra de Mehanna, nada os eocará mas que la lluvia del cielo.

Firmado, MEHANNA EL FADEL.

Junto á la firma habia un sello. Esta carta causó la mayor satisfaccion á Jeque Ibrahim:—pronto despachamos nuestros preparativos, y á la

madrugada siguiente ya estábamos fuera de Palmira. Llegado que hubimos á un pueblecillo que riega un abundante manantial, llenamos en él nuestras odres para lo restante del camino. Este pueblo, llamado Arak, está á cuatro leguas de Palmira; continuamente encontrábamos beduinos, que despues de haber hablado con nuestros conductores, proseguian nuestro camino. Despues de diez horas de marcha, la llanura nos apareció cubierta de mil quinientas tiendas, que eran las de la tribu de Mehanna. Entramos en la tienda del emir, que nos hizo servir café tres veces seguidas, lo que entre los beduinos, es la mayor prueba de consideración. Despues de la tercera tasa, nos sirvieron la cena, que nos fué preciso comer á la turca, y como era la primera vez que tal cosa nos sucedia, nos quemamos los dedos. Conociólo Mehanna y nos dijo:

—“No estais acostumbrados á comer como nosotros.

—“Es verdad, respondió Jeque Ibrahim, pero ¿por qué no os servis de cucharas? siempre es posible tenerlas, aunque no sean mas que de palo.

—“Nosotros somos beduinos, replicó el emir, y tenemos empeño en conservar los usos de nuestros mayores, que nos parecen muy buenos. La mano y la boca son partes de nuestro cuerpo que Dios nos ha dado para que se ayuden una á otra, ¿pues por qué nos hemos de servir de un objeto

“ estraño de metal ó de palo. para llegar á la boca, cuando la mano está hecha para eso?”

No tuvimos mas arbitrio que aprobar estas razones, y observé á Jeque Ibrahim que Mehanna era el primer filósofo beduino que habiamos hallado.

Al dia siguiente el emir hizo matar un camello para nosotros, y supe que esto era una gran señal de estimación, porque los beduinos miden segun la importancia del extranjero, el tamaño del animal que matan para recibirle. Aquella era la primera vez que comiamos camello, y nos pareció algo insípido.

El emir Mehanna era hombre de unos ochenta años, pequeño, flaco, sordo y muy desarrapado. Su alta influencia entre los beduinos proviene de su noble y generoso corazón y de que es cabeza de una familia muy antigua y numerosa. Está encargado por el bajá de Damasco de escoltar su gran caravana hasta la Meca, mediante veinticinco bolsas (12,500 piastras) que se le pagan ántes de la salida de Damasco. Tiene tres hijos, Nasser, Kasseff y Hamed; los tres están casados y viven en la misma tienda que su padre. Esta tienda tiene setenta y dos piés de largo sobre igual anchura; es de lienzo de serda negra y está dividida en tres partes. En el fondo están las despensa y la cocina y duermen los esclavos; en el centro están las muge-

res y es donde se retira por la noche toda la familia; la delantera está destinada á los hombres, y es donde reciben á los extranjeros; esta parte se llama Rabha.

Al cabo de tres dias consagrados á disfrutar de la hospitalidad, abrimos nuestros fardos y vendimos muchos objetos, sobre la mayor parte de los cuales perdiamos mas ó ménos; y como no alcanzaba yo las ventajas de este modo de comerciar, se lo previne á jeque Ibrahim:—“¿Has olvidado nuestras condiciones?” me dijo. Disculpéme entónces y seguí vendiendo como quiso.

Un dia vimos llegar cincuenta ginetes bien montados, que parándose fuera de las tiendas, se apearon y se sentaron en el suelo. El emir Nasser, encargado de todos los asuntos desde que su padre se ha quedado sordo, salió á hablarles, acompañado de su primo jeque Zamel, y tuvo con ellos una conferencia de dos horas, acabada la cual partieron los recién llegados. Jeque Ibrahim, inquieto de aquella misteriosa entrevista, no sabia como componerse para saber sobre qué habia girado. Como ya habia yo estado varias veces en el cuarto de las mugeres, cogí un rosario de coral, y fuí á ver á Naura, la muger de Nasser para ofrecérsele; aceptóle ella, me hizo sentar á su lado, y me dió, á su vez, dátiles y café. Despues de todas estas atenciones recíprocas, entré en el objeto de mi visita y le dije:

“Perdonad, os ruego, mi importunidad, pero los  
“extrangeros son curiosos y desconfiados; las pocas  
“mercancías que tenemos aquí son el resto de  
“un caudal considerable que por desgracia hemos  
“perdido. El emir Nasser estaba en conferencia  
“ha poco con unos extrangeros, y quisiéramos  
“saber qué se decian, pues estamos con cuidado.”

—“Voy, respondió Naura, a satisfacer vuestra  
“curiosidad, pero á condicion de que me guardaréis  
“el secreto y fingiréis que no sabeis nada.  
“Sabed que mi marido tiene muchos enemigos  
“entre los beduinos, porque humilla su orgullo  
“nacional ponderando el poder de los turcos. La  
“alianza de Nasser con los osmanlis disgusta mucho  
“a los beduinos, que los aborrecen, y aun es  
“contraria á los consejos de su padre y de los  
“principales de la tribu, que murmuran contra él.  
“El objeto de esa asamblea era concertar un plan  
“de ataque: mañana pieasan asaltar á la tribu  
“El-Daffir para cogerle sus ganados y hacerle todo  
“el daño posible. El dios de las batallas dará  
“la victoria á quien quiera; pero lo que es vosotros,  
“nada teneis que temer.” Dí las gracias á Naura,  
“y me retiré satisfecho de haber obtenido su confianza.”

Jeque Ibrahim, instruido por mí de cuanto me habia confiado la muger del emir Nasser, me dijo que le pesaba de ello en extremo.

—“Yo queria, me dijo, relacionarme con una tribu enemiga de los osmanlis, y me hallo junto á un caudillo aliado de ellos.”

No me atreví á preguntarle el sentido de estas palabras; pero me dieron mucho que discurrir.

Hácia el anochecer, trescientos ginetes se reunieron fuera de las tiendas y salieron muy de mañana, llevando á su cabeza á Nasser, á Hamed y á Zamel. Tres dias despues, un mensagero vino á anunciar su vuelta, á cuya noticia salieron á recibirlos una multitud de hombres y de mugeres, quienes apenas los alcanzaron, prorumpieron, lo mismo que los otros, en grandes clamores de alegría, y de esta suerte hicieron su entrada triunfal en el campamento, precedidos por ciento y ochenta camellos cogidos al enemigo; luego que echaron pié á tierra les pedimos que nos contasen sus proezas.

—“Al dia siguiente de nuestra partida, nos dijo Nasser, llegamos, al rededor de medio dia, al sitio adonde los pastores llevan á pacer los ganados de Daffir, y precipitándose sobre ellos, les quitamos ciento ochenta camellos; pero como los pastores fueron corriendo á dar aviso á los suyos, destaqué una porcion de mi gente para llevar nuestro botin al campamento por otro camino, y cuando vino *Araud-Ebn-Motlac* (1), á ata-

(1) Caudillo de la tribu El Daffir.

“carnos al frente de trescientos ginetes, tuvimos una refriega que duró dos horas. La noche nos separó, y cada cual se volvió á su tribu; el enemigo perdió un hombre y nosotros tuvimos dos heridos.”

La tribu de Nasser aparentó que estaba muy contenta de aquel triunfo, al paso que en el fondo le pesaba mucho de una guerra injusta, hecha contra sus amigos naturales por servir á los osmanlis. Nasser, visitando á todos los gefes para contarles su triunfo, fué á ver á jeque Ibrahim y le dirigió la palabra en turco, y habiéndole dicho aquel que no hablaba mas que el griego, su lengua natal y un poco de árabe, Nasser empezó á ponderarle el lenguaje y las costumbres de los turcos, diciendo que no se podia ser verdaderamente grande, poderoso y respetado sino estando bien con ellos. “Yo, por mi, añadió, soy mas osmanli que beduino.”

“No os fieis en las promesas de los turcos, le respondió jeque Ibrahim, como tan poco en su grandeza y magnificencia; os favorecen para ganaros é indisponeros con vuestros compatriotas, á fin de emplearos en guerrear contra las otras tribus. El interés del gobierno turco es destruir á los beduinos, y como no es bastante fuerte para hacerlo por sí mismo, quiere armaros á unos contra otros. Cuidado, no tengais que arrepentiros de ello algun dia; os doy

“este consejo como un amigo que se toma por vos  
 “vivo interés, y porque he comido vuestro pan y  
 “recibido vuestra hospitalidad.”

Poco tiempo despues, Nasser recibió de Soliman, bajá de Acre y de Damasco, un mensaje convidándole á ir á recibir la investidura del mando general de todo el desierto, con el título de príncipe de los beduinos. Este mensaje le colmó de alegría é inmediatamente partió para Damasco, acompañado de diez ginetes.

Dió órden Mehauna para la partida de la tribu, y al dia siguiente al salir el sol no se vió ya una sola tienda en pié; todas estaban dobladas y cargadas, y la partida empezó con el mayor órden. Unos veinte ginetes escogidos formaban la vanguardia y servian de exploradores; luego venian los camellos sin carga y los rebaños; luego los hombres armados, montados en caballos ó camellos; detras las mugeres,—las de los gefes, metidas en unos *haudags*, (1) puestos sobre el lomo de los camellos mas altos: estos *haudags* son muy ricos, están muy bien forrados, cubiertos de paño escarlata, y adornados con franjas de varios colores: contienen cómodamente dos mugeres ó una muger y varios niños. Las mugeres y los muchachos de inferior calidad seguian inmediatamente, sentados en rollos

(1) Especie de silla de mano.

de lana de tienda muy bien dispuestos encima de los camellos; detras iban los camellos con las acémilas, cerrando la marcha el emir Mahanna montado en un dromedario á causa de su mucha edad, y rodeado de sus esclavos, del resto de los guerreros y de sus servidores, que iban á pié. Son admirables la prontitud y buen órden con que se efectúa así la partida de ocho á nueve mil personas. Jeque Ibrahim y yo íbamos á caballo, ya adelante ya en el centro, ya junto á Mahanna. Diez horas seguidas caminamos; á cosa de las tres de la tarde se interrumpe de pronto la marcha; los beduinos se dispersan por un hermoso llano, echan pié á tierra, clavan sus lanzas y atan á ellas sus caballos: las mugeres corren por todos lados y levantan sus tiendas, cada cual junto al caballo de su marido: así, como por encanto, nos hallamos en una especie de pueblo tan grande como Hama. Las mugeres solas están encargadas de levantar y recoger las tiendas, cosa que ejecutan con una habilidad y una rapidez sorprendentes. Generalmente ellas hacen todos los trabajos del campamento: los hombres conducen los ganados, matan las reses y las despojan. El traje de las mugeres es sencillísimo; llevan una gran camisa azul, un *machlas* negro y una especie de banda de seda negra, que despues de cubrir la cabeza, les da dos vueltas á la garganta y les cae sobre la espalda: todas van

descalzas, escepto las mugeres de los jeques, que llevan unos borceguies amarillos. Su ambicion y su lujo consisten en llevar muchos brazaletes de vidrio, de monedas de coral y de ámbar.

El llano donde hicimos alto se llama El-Makram, y está poco distante de Hama. Es un sitio bastante apacible y que ofrece abundantes pastos.

El cuarto dia, á cosa de las cuatro de la tarde, acudieron muy asustados los pastores gritando: “¡A las armas! ¡el enemigo se ha apoderado de nuestros rebaños!” En efecto, la tribu de El Daffir, espianando una ocasion de vengarse de Nasser, habia enviado mil ginetes para robarle sus ganados al anochecer, à fin de que no pudiese aquel perseguirlos. Los nuestros, esperando algun ataque, estaban preparados; pero era preciso descubrir de qué lado se hallaba el enemigo. Luego que anoheció, apeáronse cuatro hombres, tomaron direcciones opuestas, y tendiéndose de bruces, pegado el oido á la tierra oyeron así á gran distancia las pisadas de los robadores. Pasóse la noche sin que fuese posible alcanzarlos; pero á la mañana habiéndolos divisado la gente de Hasné (1) cargó sobre ellos, y al cabo de cuatro horas de pelea, recobró la mitad de los rebaños; unos quinientos camellos quedaron en poder de la tribu El Daffir, y

(1) Nombre de la tribu de Mehanna.

ademas tuvimos diez muertos y muchos heridos. A la vuelta, la afliccion fué general; los beduinos murmuraban, achacando al capricho y a la vanidad de Nasser cuanto habia sucedido. Envió Mehanna un correo a su hijo, que inmediatamente volvió de Damasco acompañado de un chokredar (1) para imponer respeto a los beduinos, y apenas llegó, leyó una carta del bajá, concebida en estos términos:

“Hacemos saber a todos los emires y jeques de las tribus del desierto, grandes y pequeñas, acampadas en el territorio de Damasco, que hemos nombrado á nuestro hijo Nasser Ebn Mehanna emir de todos los anazés (2), mandándoles que le obedezcan.—La tribu que tenga la desgracia de declararse rebelde será destruida por nuestras tropas victoriosas, y para servir de escarmiento, sus rebaños serán degollados, y sus mugeres entregadas a los soldados. Tal es nuestra voluntad.

“Firmado,

“SOLIMAN, bajá de Damasco y de Acre.”

Nasser, ufano con su nueva dignidad, afectaba leer a todos aquel decreto, y hablar en turco con el ministro del bajá, lo que aumentaba mas y mas el

(1) Ministro del bajá.

(2) Beduinos del desierto.

enojo de los beduinos. Un día en que estábamos junto a él, llegó un mancebo muy bizarro llamado Zarrak, caudillo de una tribu vecina. Nasser, como de costumbre, le habla de su nombramiento, encarece la grandeza y el poderío del visir de Damasco y del sultan de Constantinopla, *que tiene el sable largo* (1),—y Zarrak, que le escucha con impaciencia, muda de color, se levanta y le dice:

—“Nasser Agá (2), sábetete que todos los beduinos te aborrecen; si te dejas deslumbrar por la magnificencia de los turcos, vete a Damasco, ciñete la frente con un *cauk* (3), sé el ministro del visir, habita su palacio, y acaso entonces inspirarás terror a los damasquinos; pero nosotros, beduinos, no hacemos mas caso de tí, de tu visir y de tu sultan que de una boñiga de camello. Me voy al territorio de Bagdad, donde hallaré al drayhy (4) Ebn Chahllan, y a él me uniré.”

Nasser, pálido de cólera, transmitió esta conversacion en turco al chokredar, quien creyó atemorizar a Zarrak con violentas amenazas; pero este, mirándole con altivez, le dijo:

(1) Espresion árabe para designar una dominacion muy estensa.

(2) Título de un oficial turco; denominacion de *essarni* para un beduino.

(3) Turbante de ceremonia de los turcos.

(4) El destructor de los turcos.

—“Basta, aunque tengais a Nasser al lado, puedo, si quiero, impedirlos volver a comer pan.”

A pesar de estas injuriosas palabras, los tres conservaron su sangre fria, y Zarrab, montando á caballo, dijo á Nasser:

—“*Las salam aleik* (yo te saludo;) despliega todo tu poder; yo te aguardo.”

Esta provocacion afligió mucho a Nasser, pero no por eso dejó de perseverar en su alianza con los turcos.

Al dia siguiente supimos que Zarrak habia partido con su tribu para el pais de Geziri, y por todas partes no se hablaba mas que de la reunion de los beduinos contra Nasser. Noticioso Mehanna de lo que pasaba, llamó a su hijo y le dijo:

—“Nasser, ¿quieres por ventura romper los pilares de la tienda de Melkghem?”

Y asiéndose la barba con la mano:

—¿Quieres, añadió, hacer despreciable esta barba al fin de mis dias, y manchar la reputacion que yo habia ganado? ¡Infeliz! No has invocado el nombre de Dios. Lo que yo preveía ha sucedido. Todas las tribus van á reunirse al drayhy. ¿Qué será entonces de nosotros? No nos quedará mas arbitrio que humillarnos delante de Ebn Sihoud (1), de ese enemigo de nues-

(1) Ebn Sihoud manda á millon y medio de beduinos: reina

“tra raza, que se titula rey de los beduinos; él solo podrá defendernos del terrible Drayhy.”

Procuró Nasser tranquilizar a su padre asegurándole que no iban tan mal sus cosas como él temía. Entre tanto los beduinos empezaban a tomar partido por uno ó por otro, pero los mas daban la razon al padre, que entendia sus verdaderos intereses.

Jeque Ibrahim estaba muy descontento: deseaba internarse mas en el desierto, y avanzar hasta Bagdad, y se hallaba ligado a una tribu que se quedaba entre Damasco y Homs, con lo que perdía todo el verano, sin poder alejarse mas que con riesgo de la vida. Encargóme que tomase informes acerca del drayhy, me enterase de su carácter, averiguase en qué sitios pasa el verano, adonde se retira en invierno, si admite a los estrangeros, y otras mil particularidades; en fin, me dijo que tenia el mayor interes en recibir estos informes.

Difícil era obtener estos pormenores sin escitar sospechas: era preciso hallar á alguno que no fuese de la tribu de el Hassné. Al fin logré relacionarme

sobre el pais de Derhié, de Medyde, de Samarcand, de Hygias y de Zamos ó Zamen. Estos pueblos se llaman los Wahabi.

Los beduinos de la Persia, mandados por el emir Sahid el Fehrabí, son mas de un millen, lo que unido á las tribus de Bagdad de Basora, de la Mesopotamia y del Horan, da una poblacion errante de cuatro millones de almas.

con un tal Abdallah el *Chah en* (el poeta), y sabiendo que estos suelen estar en avor con los grandes, le hice varias preguntas sobre todas las tribus que habia visitado, y supe con placer que habia vivido mucho tiempo con el drayhy. Por él obtuve cuantas noticias necesitaba.

Un dia Nasser me hizo escribir al jeque de Sadding y al de Corietain para pedirles a cada uno mil piastras y seis machlas. Este derecho se llama derecho de fraternidad, y es un convenio entre los jeques de las aldeas y los mas poderosos gefes de beduinos para ser protegidos de los estragos de las otras tribus. Esta contribucion es anual.—Estos infelices pueblos se arruinan por contentar a dos tiranos,— los beduinos y los turcos.

Mehanna tiene una fraternidad con todas las aldeas de los territorios de Damasco, Homs y Hama, lo que le produce una renta de sobre cincuenta mil piastras. El bajá de Damasco le paga doce mil quinientas, y las ciudades de Homs y Hama le dan ademas cierta cantidad de trigo, de arroz, de arropo y de telas; las pequeñas tribus le traen manteca y queso. A pesar de esto, nunca tiene dinero y con frecuencia se halla entrapado, sin tener gasto alguno que hacer, lo que nos admiró mucho, hasta que supimos que todo se lo regalaba a los guerreros mas famosos, así de su tribu como de las otras, y que así se habia hecho un partido

poderoso. Siempre va muy mal vestido, y cuando recibe de regalo una hermosa pelliza ó algun otro objeto, se lo da al que a la sazón tiene al lado. El refran beduino que dice que la *generosidad cubre todos los defectos*, se halla verificado en Mehanna, cuya liberalidad es lo único que hace llevaderos los defectos de Nasser.

Poco despues de este suceso fuimos a acamparnos a tres horas del Oronte, en un terreno llamado el Zididi, donde se hallan varios pequeños manantiales.

Habiendo ido un dia Mehanna con diez ginetes a hacer una visita al agá de Homs, volvió cargado de regalos de todos los comerciantes, que quieren tenerle contento, porque cuando no lo está, intercepta el comercio despojando a las caravanas. Inmediatamente despues de su vuelta, salió Nasser para una expedicion contra la tribu Abdelli, mandada por el emir el Dogniani, y acampada junto a Palmira en dos cerros de forma igual, llamados Eldain (los pechos), y a los tres dias volvió, trayéndose ciento cincuenta camellos y doscientos carneros. En esta ocasion perdimos tres hombres y a Zamel le mataron la yegua que montaba; en revancha, cogimos tres yeguas, matamos diez hombres y herimos a unos veinte. A pesar de este triunfo, los beduinos estaban indignados de la mala fé de Nasser, que no tenia ningun motivo de odio contra aquella tribu.

Por todas partes se concertaban las tribus con el Drayhy para destruir á la tribu El Hassné, y habiendo llegado esta noticia al emir Douhi, jefe de la tribu Would Ali, pariente y amigo íntimo de Mehanna y que, como él está obligado á escoltar la gran caravana, llegó un dia con treinta ginetes, á avisarle del peligro que le amenazaba. Los principales de la tribu salieron al encuentro de Douhi; cuando este entró en la tienda, pidió Mehanna el café, pero el emir le detuvo y le dijo:

—“¡Mehanna, ya está bebido tu café! No vengo aquí á beber ni á comer, sino á prevenirte que la conducta de tu hijo Nasser Bajá (título que le dababa por escarnio) trae la destruccion sobre tí y los tuyos; sábeta que todos los beduinos han formado una liga y van á declararte una guerra á muerte.”

Mehanna mudando de color, exclamó:

—“¡Mira! ¿estás contento, Nasser? ¡tú seras el último de la raza de Melkghem!”

Nasser, lejos de ceder respondió que haria frente á todos los beduinos y tendria el auxilio de 20,000 osmanlis, lo mismo que el de Mola Ismael, jefe de la caballería curda que lleva el chacó. Douhi pasó la noche procurando disuadir á Nasser, de sus proyectos sin poder conseguirlo; al dia siguiente partió, diciendo:

—“Mi conciencia me prohíbe unirme á vosotros.

“ El parentesco y el pan que hemos comido juntos  
 “ me prohiben declararos la guerra; ¡adios! os dejo  
 “ con sentimiento.”

Desde aquel momento empezamos á pasarlo muy mal con los beduinos, y no podíamos dejarlos porque todos los que se alejaban de las tiendas eran asesinados.

Todo era ataques por una y otra parte, cambios de campamento imprevistos, para ponerse mas en seguridad;—alarmas, represalias, continuas disputas entre Mehanna y su hijo; pero el anciano era de un carácter tan bondadoso y crédulo que Nasser acababa siempre por persuadirle que tenia razon.

Mil rasgos nos contaron de su sencillez, y entre otros, que estando en Damasco mientras que Yousouf Bajà, gran visir de la Puerta, tenia allí su corte de vuelta de Egipto, despues de la partida de los franceses, Mehanna se presentó á él comb todos los grandes; pero poco al corriente de la etiqueta turca, se llegó á hablarle sin ceremonia, haciéndola el saludo de los beduinos, y se sentó en el divan á su lado sin esperar á que se le invitase á ello.

Yousouf, igualmente, poco acostumbrado á las costumbres de los beduinos, é ignorando la dignidad de aquel viejecito mal vestido que le trataba tan familiarmente, mandó que le echasen á la calle y le cortasen la cabeza.

Preparàbanse ya los esclavos á ejecutar esta órden cuando exclamó el bajà de Damasco:

—“¡Teneos! ¿qué vais à hacer? Si cae un pelo de  
 “ su frente, nunca podreis, con todo vuestro poderío,  
 “ enviar una caravana á la Meca.”

Inmediatamente dió contraórden el visir y le sentó á su lado; dióle el café, le hizo poner un turbante de cachemira, un rico gombaz (ropon), una pelliza de honor, y le presentó mil piastras.

Mehanna, sordo y sin entender el turco, no sabia que era aquello que pasaba; pero quitándose sus lujosas ropas, se las dió á tres de sus esclavos que le habian acompañado.

Hízole preguntar el visir por el dragoman si no estaba contento de su regalo, á lo que respondió Mehanna:

—“Decid al visir del sultan que nosotros los beduinos no procuramos distinguirnos por la buena ropa; yo voy mal vestido, pero todos los beduinos me conocen, y saben que soy Mehanna el Zadel, hijo de Melkghem.”

El bajà, por no enojarle, afectó reir y estar muy contento de él.

En fin se pasó el verano. En el mes de Octubre, la tribu se halló en las cercanías de Alepo.

Mi corazon latia de gozo de hallarme tan cerca de mi patria; pero con arreglo á nuestras condiciones ni aun podia dar noticias mias á mis amigos.

Jeque Ibrahim deseaba ir á pasar el invierno á Damasco, y ningun beduino se atrevia á condu-

cirnos á esta ciudad; con sumo trabajo conseguimos hacernos escoltar hasta un pueblo á dos dias de Aleppo, llamado Soghene (*la caliente*). Los hospitalarios vecinos se disputaron el placer de recibirnos; un baño caliente natural ha dado su nombre al pueblo, y la hermosura de sus habitantes debe atribuirse a la bondad de sus aguas termales.

De allí pasamos á Palmira, con un trabajo de que nos indemnizó el placer de volver a ver a jeque Ragial. Despues de pasar quince dias con nuestros amigos, salimos de nuevo para Corietain donde jeque Selim y el cura Moussi nos recibieron con un verdadero interes; no se cansaban de escuchar nuestras historias sobre los beduinos.

Jeque Ibrahim respondia á su amistoso desvelo por nuestros asuntos, diciendo que nuestra especulacion iba á las mil maravillas, que habiamos ganado mas de lo que esperábamos, — miéntras que verdaderamente, entre las pérdidas y los regalos, no nos quedaba ya nada mas que las mercancías en depósito en casa de Mousai.

Treinta dias perdimos en Corietain organizando nuestra partida.

El invierno avanzaba rápidamente, y nadie se atrevia a darnos cabalgaduras, convencidos de que seriamos despojados en el camino: en fin, jeque Ibrahim compró un mal caballo, yo alquilé un burro, y con un tiempo detestable y un viento glacial,

salimos acompañados de cuatro hombres á pié para la aldea de Dair Antie. Al cabo de algunas horas, llegamos a un desfiladero entre dos montañas, llamado Beni el Gebelain: en este punto llegaron sobre nosotros veinte ginetes beduinos: nuestros conductores, lejos de defendernos, esconden nuestras escopetas y permanecen inmóviles espectadores de nuestro desastre; los beduinos nos roban y no nos dejan mas que la camisa. — Imploramos la muerte mas bien que el que nos dejende a quel modo espuestos al frio: al fin, compadecidos de nuestra situacion, tuvieron la generosidad de dejarnos a cada uno un gombaz; por lo que hace a nuestros rocines, eran harto malos para tentarlos, pues como apenas podian andar, los hubieran retrasado inútilmente en su carrera. — Continuamos tristemente nuestro camino; la noche se echaba encima, y el frio que era excesivo, pronto nos hizo perder el uso de la palabra: teniamos los ojos encendidos y el cútis azul; al cabo de poco tiempo caí al suelo desmayado y helado. Jeque Ibrahim hacia ademanes de desesperacion a los guias, sin poder hablarles; uno de ellos, siriano cristiano, se compadeció de mí y de la afliccion de Jeque Ibrahim, tira al suelo el caballo medio muerto tambien de frio y de cansancio, le mata á palos, le abre el vientre y me mete sin sentido en su piel, no dejándome mas que la cabeza fuera. Al cabo de media hora, volví en mí, muy asombrado de sentirme resucitar y de verme en se-